

temas



Perspectivas de la memoria

Un enfoque archivístico
para nuestro tiempo

FÁTIMA RODRÍGUEZ COYA

Desde distintos puntos de vista, dos hombres miran el mismo paisaje. Sin embargo, no ven lo mismo. La distinta situación hace que el paisaje se organice ante ambos de diferente manera. Lo que para uno ocupa el primer término y acusa con vigor todos sus detalles, para el otro se halla en el último y queda oscuro y borroso. Además, como las cosas puestas unas detrás de otras se ocultan en todo o en parte, cada uno de ellos percibirá porciones del paisaje que al otro no llegan. ¿Tendría sentido que cada cual declarase falso el paisaje ajeno?

El tema de nuestro tiempo. Ortega y Gasset (1923)

Emad grababa su vida como cualquiera de nosotros: reuniones familiares, celebraciones en el pueblo, actividades de sus hijos... Una cámara de vídeo y unos documentos audiovisuales personales que no hubiesen tenido mayor trascendencia de no ser porque Emad Burnat y su familia viven en Bil'in, territorio ocupado de Cisjordania, donde las conse-

cuencias de los asentamientos israelíes han capitalizado su día a día. Los ataques, la usurpación de sus olivos y terrenos por parte de Israel, las manifestaciones de los viernes contra el Muro y la destrucción de sus vidas, fueron colonizando aquellas grabaciones hasta hacerles cruzar la frontera del activismo. Conocemos su historia porque aquellos primeros

vídeos iniciados en 2004 con el nacimiento de su cuarto hijo, y los que le siguieron, rodados con las cuatro cámaras que fue reemplazando según eran confiscadas o destruidas durante las grabaciones, son el hilo conductor del documental internacionalmente galardonado: *Cinco cámaras rotas* (2011).

Unas cuantas décadas antes, dos niñas coetáneas escribieron

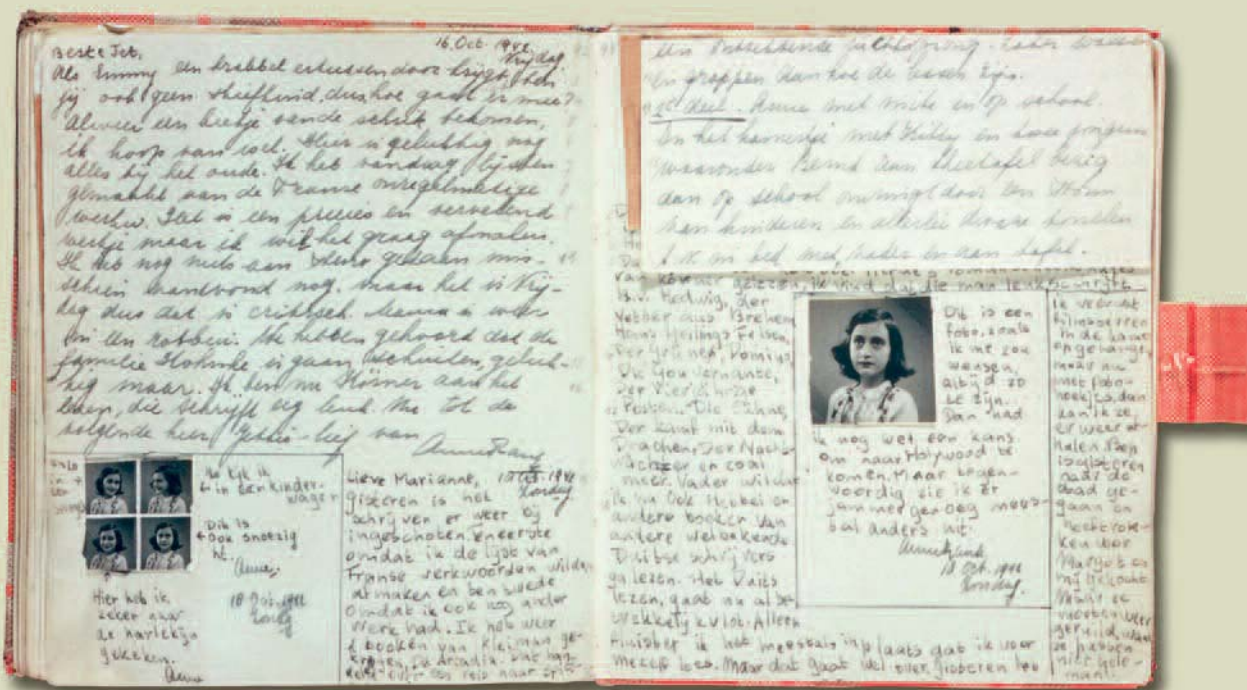




sendos diarios durante el Holocausto: Annelies Marie Frank Hollander y Tatyana Nikoláyevna Sávičeva (Tanya). La primera ansiaba ser escritora: su relato trajo hasta nuestros días la clandestinidad de una familia judía en Ámsterdam y hoy

el *Diario de Ana Frank* constituye una obra de referencia. El caso de Tanya, en cambio, podría parecer una simple transcripción de teletipos que deja constancia de la progresiva muerte de su familia durante el asedio de las tropas alema-

nas a Leningrado. El día y la hora de sus muertes que, escritas con una caligrafía infantil, resultan sobrecogedoras; al mismo tiempo que son unos documentos lo suficientemente reveladores como para haber sido aportados como





prueba en los juicios de Núremberg.

Obviamente no son los únicos casos, pero sí tres muestras claras de cómo unos documentos personales, a priori sin afán de protagonismo, acaban convirtiéndose en referentes únicos de una realidad que trasciende a su época y fronteras. Sin embargo, la misma sociedad que visita la casa de Ana Frank y lee su diario, parece escandalizarse estos días al ver a refugiados sirios utilizando teléfonos inteligentes. Lo que otrora eran los cuadernos de Ana Frank y Tanya o la cámara de Emad, hoy cabe en un teléfono y, ante circunstancias como esas, la tecnología deja a un lado la frivolidad del entretenimiento para convertirse en un instrumento para la supervivencia pero también, en el desahogo de aquellos cuadernos, el recuerdo del pasado que dejan atrás o el altavoz para demandar una solución para su presente.

Utilizan la tecnología GPS para guiarse en sus travesías y mediante *APPs welcome!*, diseñadas específicamente para ellos por voluntarios de comunidades informáticas (conoci-

das como el movimiento #Techfugee), reciben información precisa sobre las ciudades a las que llegan (Arriving in Berlin, por ejemplo), pueden localizar los principales centros de referencia de ese lugar (utilizando Mapfix, Leaflet y

Mapbox) e incluso disponer de unas nociones básicas para la comunicación entre distintas





lenguas (RefugeePhrasebook). Por su parte, redes sociales como Facebook se han convertido en fuentes de información de referencia sobre organismos de cooperación y entre

con sus allegados. Si durante la Guerra Civil Española los niños refugiados en Bélgica y Francia enviaron cartas a sus familias, hoy un simple selfi puede resumir la llegada a salvo al destino. Son otros tiempos, otros medios, pero en el fondo las mismas necesidades y anhelos.

En *District Zero, ¿qué se esconde en el teléfono de un refugiado?* (2015) nos acercan su contenido y lo que supone para ellos guardar ahí sus recuerdos. En *Silvered Water, Syria Self-Portrait* (2014) la realidad es mucho más dura: recopilando grabaciones disponibles en Youtube, realizadas con cámaras y teléfonos particulares, intentan acercar el estado de un territorio del que tantos otros han huido y donde hace tiempo que ni tan siquiera hay rastro de medios de comunicación. Por su parte, los cortos rodados por siete jóvenes sirias en el campo de Za'atari pretenden ofrecer una mirada diferente: la perspectiva que solo puede ofrecer quien lo ha vivido en primera persona, en lugar de aquella a la que nos tienen acostumbrados los que únicamente se acercan a cubrir la noticia (los

grupos que publican avisos y denuncias (por ejemplo, acerca de las mafias) pero además, junto con sistemas de mensajería como Whatsapp o Viber, son el principal modo de mantenerse en contacto



dos más destacados son *Another Kind of Girl* [2016], de Khaldiya Jibawi, y *The Barriers of Parting* [2016], de Raghad).

Así que podemos concluir que esos teléfonos se utilizan para producir sus documentos, pero también como su particular arca de las tres llaves para conservar su fondo personal itinerante. Se informan, se guían y se comunican a través de ellos, como lo haríamos nosotros si mañana tuviésemos que emprender el mismo éxodo.

Entretanto, la vía gubernamental e institucional sigue su curso habitual, con el que estamos más familiarizados desde el punto de vista doctrinal de nuestra profesión, pero además el caso sirio cuenta con otro actor: el ISIS/ DAESH, cuya producción documental tampoco debe ser desdeñable a efectos de financiación, reclutamiento, organización y propaganda y que, obviamente, quedará lejos de nuestro alcance.

Ante todo ello y viendo el papel activo que toman diferentes colectivos y profesionales, cabría reflexionar sobre el papel que juega nuestra profesión ante acontecimientos que están trazando, sin lugar a dudas, el curso de nuestra historia. Decía Terry Cook que los archiveros somos al fin y al cabo el principal actor a la hora de definir, elegir y construir el archivo que perdurará y después representará, teniendo un enorme poder sobre la

memoria y la identidad de la sociedad. Por ello, analizando el contexto social en que vivimos, opino que mientras sigamos circunscribiendo nuestra actividad y doctrina a lo estrictamente institucional, estaremos dejando al margen una parte del presente y la sociedad a todas luces relevante, pero que muy pocos se están preocupando en preservar.

Cuidamos celosamente la gestión de los documentos de las entidades jurídicas debidamente legitimadas (para las que trabajamos la mayoría de nosotros) y aquellos fondos personales de personajes que son un referente innegable por sus logros, y hacemos especial hincapié

en la intervención y tratamiento de esos documentos mientras aún se encuentran en su fase activa; sin embargo, todo lo que queda al margen de ese perímetro acaba resultando prácticamente anecdótico, alcanzando a preservar sólo aquellos documentos que, como algunos diarios y cartas, simplemente demuestran haber sido los más resistentes (o afortunados) para sobrevivir a sus contemporáneos, sin que ello nos garantice que hayan sido los más representativos de aquella realidad que constatan. Tal vez vaya siendo hora de debatir más abiertamente la necesidad de salir de la zona de confort que nos aporta la doctrina

